

Rainy Day Women

L

L llega, expulsada de un viento amenazador bajo unas nubes tan densas que más que empujadas por él parece que lo cabalgaran. "Estoy seguro de que va a granizar –comenta Steady–, “por lo cual es altamente improbable que granice". Luego saluda a *L* que acaba de entrar al Efenbar y me da en la cara el amistoso besito de rigor. "¡Qué tiempo!" le digo, y, ante mi sorpresa, casi se echa a llorar. Bueno, no: tampoco habrá lluvia ni granizo en aquella cara, aunque sus pómulos y mejillas son ahora mismo el retiro en donde inaugura ejercicios espirituales la tristeza. "¿El tiempo, dices? Ese es el gran, el único enemigo". *L* andará por los cuarenta y tantos años, todavía de buen ver, pero ella últimamente se ha empeñado en que es una vieja marchita. "Las cosas van bien hasta que empiezas a contar el tiempo hacia atrás" tercia Brönte, que nos ha oído y que además de acudir por el pedido, quiere animar. *L* asiente con bastante complicidad. "¡Pero quítate algo! La calefacción está puesta y vienes con ropa hasta los ojos". Me mira como miraría a un notario mientras dice: "Para lo que tengo que ofrecer, Mac, mejor lo dejo escondido. Ya nada es lo que era. Me cuelga todo, Mac, maldita sea, mi cuerpo ya no hace flexiones, hace donaciones. Cuando bajo la cabeza y luego la vuelvo a subir mi calavera recupera la vertical siete segundos antes que mi cara". Yo (¿qué voy a hacer?) tomo su mano entre las mías y digo que no estoy en absoluto de acuerdo. "Tienes aún mucha guerra que dar, *L*". "¿Guerra? A mi edad las mujeres como yo sólo damos guerra pillando un Alzheimer. Tengo dos hijas preciosas y hasta me pongo sus cosas, pero... –se abre la gabardina y me muestra un top bastante ajustado debajo de una corta chaquetilla fucsia– ¿Tú te crees que esto...?" La verdad es que yo la encuentro atractiva y se lo digo. "Pues no veo que todo te cuelgue. Algunas cosas están pero que muy en su sitio". Me sonrío como Ava Gardner al callista. "Gracias, Mac, eres un amor, No sé que haría sin ti y sin mi wonderbra".

Comemos luego sin prisa, entre preguntas y lugares comunes, *L* hablando de su marido (que es bastante amigo) y de cómo ella se está implicando en actividades extra-hogar para huir de la rutina. "Pero es inútil tratar de despistarla. Siempre sabe volver a ti, porque ha ido dejando marcas, en

forma de arrugas, por el camino". "La arruga es bella", comento, instante en que **L** se empieza a interesar vivamente por la salud de mi madre. Después pagamos (paga, esta vez le toca a ella) y la acompaño hasta el metro. Espero a verla partir, con su cara tras el cristal de la ventanilla, semejante a un clavel olvidado hace días en un vaso seco, volviendo a su casa de ninguna parte. Como nos pasa a todos, por otro lado. Viajeros hacia la muerte. Tubo me lo dijo una vez: "Macho, la vida es un asco. La vida en realidad, para que lo sepas, necio, no consiste ni más ni menos que en todas las vueltas esas que damos mientras cumplimos el trabajo" "¿El trabajo? ¿Cuál trabajo?" "Pues el encargo. El jodido encargo". "¡No me jodas, Tubo! ¿Qué encargo?" "Pues el que todos recibimos al nacer. Trasladar nuestro cadáver desde la placenta hasta la tumba".

es.humanidades.literatura
6 marzo 2004